

# **LAS SOMBRAS FUGACES**

CHRISTIAN GUAY-POLIQVIN

TRADUCCIÓN DE LUISA LUCUIX



VOLCANO

Título original: «Les ombres filantes».

© Christian Guay-Poliquin, 2021.

© Éditions La Peuplade, 2021.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

© de la traducción: Luisa Lucuix Venegas.

Esta edición se publica por acuerdo con Éditions La Peuplade en colaboración con sus agentes Books And More Agency #BAM (París, Francia) y The Ella Sher Literary Agency (Barcelona, España). Todos los derechos reservados.

Primera edición en VOLCANO Libros: septiembre 2022.

VOLCANO Libros

San Francisco 2, 2ª izda.

28200 San Lorenzo de El Escorial (Madrid). España.

[www.volcanolibros.com](http://www.volcanolibros.com)

Diseño editorial y maquetación: Javier García.

Diseño gráfico: Pedro Viejo.

THEMA: FBA

ISBN: 978-84-122831-9-8

Depósito Legal: M-21096-2022

Impreso en Kadmos. Salamanca (España).

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

*Para Huguette y todos los suyos.*



He aquí la puerta, he aquí los grandes espacios.  
*Itur in antiquam silvam*<sup>1</sup>.

ROBERT LOUIS STEVENSON

- 1 Frase tomada de *La Eneida* de Virgilio: «En el antiguo bosque adonde acuden». Traducción de la versión de Aurelio Espinosa Pólit, publicada por Ediciones Cátedra en 1989, p.320. (*N. de la T.*)



*Es el comienzo y el fin. Precede las miradas, las sucederá. Es el epicentro, el núcleo, el refugio y la prisión. Fascina al igual que atemoriza. Bajo su capa, los encuentros son raros y decisivos. El tiempo es su fuerza viva. Su desorden embruja, sus sombras se confunden, sus murmullos brotan de todas partes. Es el envés de aquello que piensa. Es el instinto, el gesto, el estremecimiento. Todas las almas sueñan con perderse en él. Pero no hay ser que salga indemne de su abrazo. Es la solución más sencilla, la más completa, la más opaca para los cálculos de los corazones inquietos.*





# **EL BOSQUE**



## TARDE

ALGO ACABA DE ARRANCARME DEL sueño. Me niego a abrir los ojos. Aún no, un poquito más. Ignoro cuánto tiempo he podido dormir apoyado en este viejo tocón. Una hora, tal vez dos. Aparte de una corneja que grazna a lo lejos y de las hojas de los álamos que crujen con la brisa, el bosque está en silencio.

Abro los ojos y me deslumbran los numerosos helechos fusiformes y luminiscentes. En esta extensión interminable, los árboles inmensos se lanzan a la conquista del cielo. La corteza resquebrajada de sus troncos está cubierta de líquenes. El laberinto de sus ramas recorta la vegetación como un mosaico.

Un fuerte olor a animal salvaje flota en el aire. Levanto la cabeza lentamente y me sobresalto. Delante de mí, muy cerca, justo ahí, un lobo me está acechando. Sus ojos amarillos, su porte y su pelo erizado pertenecen a otro mundo. Quiero levantarme y salir corriendo, pero las vértebras de la espalda se me han pegado unas con otras. No he visto nunca un animal tan inmóvil y tan poderoso a la vez.

Cuando consigo ponerme de pie, el lobo recula unos pasos, me calibra, y luego vuelve a colocarse en el mismo lugar.

Mi antigua herida de la rodilla me da punzadas. Echo un rápido vistazo por encima del hombro. Entre el marrón y el rojo del ramaje, vislumbro otras dos siluetas deslizándose sin hacer ruido. Se me espesa la sangre. Estoy rodeado. O bien se disponen a abalanzarse sobre mí o bien se lo están pensando, a la vista de mi cuerpo delgado y enjuto. Doy un grito para asustarlos. La voz se me quiebra. El lobo que me hace frente pega un respingo, aguarda y luego levanta el hocico para olisquear el aire. Sin quitarle los ojos de encima, me agacho y atrapo mi mochila, mis bastones de senderismo y mis viejas botas.

Me alejo despacio, muy despacio, descalzo por las hojas muertas. Apenas he dado unos pasos y ya no alcanzo a distinguir los animales entre la maleza. Acelero y me adentro a toda prisa en el bosque. Las ramitas se rompen bajo mi peso y se me clavan en la planta de los pies. Me enredo en los arbustos, me tambaleo y casi me caigo al tropezar con una raíz. Un dolor agudo me atraviesa la rodilla maltrecha. Aprieto los dientes y cojeo hasta un talud tras el que me oculto a duras penas, jadeando y empapado de sudor. Desorientado, examino los alrededores. El bosque se cierra. Las sombras se despliegan. El corazón se me embala. Cada arbusto esconde una mirada penetrante, un movimiento furtivo, una trampa.

Permanezco un momento en alerta, presa de mi imaginación. Recupero el aliento a medida que se me aclaran las ideas. Entonces reacciono y, con manos temblorosas, me pongo las botas como si no fuera a quitármelas nunca más.

## MEDIODÍA

ME CRUJEN LAS CADERAS. ME duelen los dedos de los pies. Las correas de la mochila me machacan la espalda. La rodilla no me da tregua. Pero el cuerpo es una máquina formidable. Cada día, me aferro a mis bastones y camino bajo cúpulas verdecidas cruzando riachuelos y franqueando árboles caídos. Cada día me sumerjo un poco más profundamente en esta red de galerías, nervaduras y relieves. Y trato de evitar los encuentros.

Desde esta mañana, sigo un sendero sinuoso, trazado por el paso de los animales. Las piedras son prominentes; las raíces, nudosas; y mi equipaje, pesado y voluminoso. Avanzo como puedo, paso a paso, con el empecinamiento de las bestias de carga.

Cuando el sol se coloca justo encima de mi cabeza y el estómago me ruge, hago una pausa en lo alto de una colina. Picoteo un puñado de frutos secos tratando una vez más de determinar cuántos días hace que me fui. ¿Diez? ¿Doce? El tiempo se me escapa. El paisaje se renueva. Las distancias se dilatan. Miro a mi alrededor. Hay un claro más abajo. Vuelvo a echarme la mochila a la espalda, me dirijo hacia allí y doy con un camino de tierra.

Me pongo en guardia. Las moscas negras vuelan a mi alrededor. Hacia un lado, el camino asciende por el flanco de la montaña. Hacia el otro, desciende progresivamente y desaparece al final de una curva. Mientras bebo agua, el batir de alas de una perdiz hace que me sobresalte. Doy varios pasos de través y salgo del abrigo de los árboles.

Mis ojos se acostumbran progresivamente a la claridad repentina mientras el sol me acaricia la nuca. El aire es cálido y seco. La gravilla rueda bajo las suelas de mis zapatos. Mis pasos resuenan entre las paredes verdes del bosque. Aquí y allá, las hierbas reptan apropiándose de los márgenes del camino, y las lluvias y el deshielo han abierto unas zanjas profundas. La falta de mantenimiento terminará haciendo impracticables las carreteras. Y, de aquí a varias estaciones, la vegetación habrá recuperado todo lo que le quitamos.

Un ruido sordo rompe mi tranquilidad. Se acerca un vehículo. Los chasquidos del motor se aproximan. Cruzo el camino rápidamente, me hundo en el agua fangosa de la cuneta y regreso a la penumbra del bosque.

Me escondo detrás de unos matorrales, agachado entre las hojas muertas. Llega una furgoneta con los amortiguadores golpeteando y perdiendo agua por el tubo de escape. Pasa, levanta una nube de polvo que enturbia la frontera entre la tierra y el cielo y luego se aleja traqueteando.

Desde la avería, el suelo ya no tiembla bajo los cargamentos de madera de los tráileres, pero todavía hay mucho tránsito por los bosques. Están todos aquellos que se refugiaron en sus casas de campo o en sus campamentos de caza. También los que tratan de establecerse en alguna parte, lejos de las aglomeraciones y de las carreteras nacionales. En todas partes, la gente desconfía, la gente es calculadora, la gente va armada. El resto solo pende de un hilo. Por eso es por lo que yo prefiero las profundidades del bosque a los encuentros arriesgados por los caminos.

Cuando la noche alcanza el sotobosque, estoy llegando a un estanque. Un coro de ranas lo envuelve todo. Bajo el manto negro de algunas coníferas vislumbro una pequeña construcción. Por miedo a ser visto, me escondo detrás de una cortina de espadañas. Los mosquitos me asaltan, las luciérnagas parpadean, pequeños insectos se apresuran a meterse en los arbustos. Aparte de eso, no hay señales de vida. Es mi día de suerte: la cabaña está desierta. Me acerco y subo los escalones limosos de la entrada. Alertadas por el ruido de mis pasos, las ranas enmudecen.

La puerta está cerrada con llave. Consigo abrir desde el interior metiendo un brazo por la ventana. Rechinan los goznes. Saco mi linterna de bolsillo. En la cabaña reina un orden asombroso. La vajilla está apilada en los estantes; la cama, hecha con cuidado. Tres velas embutidas en botellas vacías montan guardia en el alféizar de la ventana. Las enciendo. La estancia se inunda de luz. Una fina capa de polvo brilla allá donde poso la mirada. Me fijo en un par de botas al pie de la cama. Aunque parece que llevan ahí desde hace mucho tiempo, frunzo el ceño y de nuevo echo el pestillo a la puerta. Fuera, el croar ha vuelto a empezar.

Rebusco en los armarios y encuentro té, un tarro de mantequilla de cacahuete, carne en salsa en conserva y una lata de piña en rodajas. Engullo todo lo que puedo, me desvisto y me siento en la cama, rendido. La rodilla hinchada me late, me apestan los pies y me supuran las heridas de las clavículas.

Todavía estoy demasiado cargado. A medida que avanzo me voy hundiendo. Miro la mochila, que yace por tierra como un caballo muerto. Me entran ganas de destriparla. Pero me he despojado ya de tantas cosas... Mi tirachinas, mis prismáticos, la ropa de repuesto. Aparte del mapa, la brújula, la lona impermeable y el saco de dormir, cargo solamente con comida y agua. Y me pesa, al tiempo que me da esperanzas.

Me dejo caer de espaldas en la cama. Su superficie blanda parece formar parte del mundo de los sueños. Tendido cuan largo soy, observo el baile de las velas antes de que se asfixien en el cuello de las botellas, y luego me sumerjo en un sueño enmarañado, repleto de lianas, helechos y siluetas nocturnas.